

FIESTA ELECTORAL LAS ELECCIONES EN LOS BARRIOS MARGINADOS

Leticia Ayuso, José Ceballos y Raymundo González*

Un vistazo a la presente campaña electoral en los barrios populares deja en el ánimo la impresión de que hemos llegado a una celebración festiva, sobre todo si se compara con los tensos ambientes predominantes en otros períodos. Desde las elecciones de 1982 pareciera como si de más en más se desarrollasen en un ambiente carnavalesco, la algarabía y despreocupación es notoria en el grueso de las masas que asisten a mítines y marchas, en las cuales se manifiesta -sin grandes diferencias- en favor de uno y otro partido o candidato, especialmente si se trata de aquellos ostensiblemente mayoritarios; se va a agitar banderas y vocear consignas, es como una fiesta, es la fiesta electoral.

Sin embargo, una observación más aguda de las vivencias del proceso electoral en estos barrios, conduce a preguntarnos por los motivaciones y la explicación del comportamiento social presente en la incorporación masiva de jóvenes y adultos de ambos sexos; invitando además a la reflexión sobre un fenómeno que podría revelar signos de un proceso político más profundo que atañe al conjunto de las clases dominadas.

De entrada, esta reflexión precisa de un encuadramiento sociológico y político adecuado; en este punto encontramos serias dificultades. Una de ellas es el escaso número de estudios que abordan la problemática electoral desde el punto de vista de las clases populares, las cuales son incluidas normalmente como receptores de un discurso que se les impone. Por un lado, estos análisis generalmente operan reduciendo el universo de las relaciones políticas al

(*) Leticia Ayuso, Licenciada en Economía (INTEC, 1985); José Ceballos, miembro del Comité para la Defensa de los Derechos Barriales; Raymundo González, estudiante de término de Economía en INTEC.

Estado y los partidos políticos, lo que nos da el marco de referencia de los aparatos (las instituciones), pero casi nunca nos aclara la relación de estos con los sectores populares más que de un modo genérico. A lo sumo estas relaciones son referidas a los intereses de clase actuantes en el bloque de poder. Por otro lado, los trabajos más recientes sobre los barrios marginados se ocupan preferentemente de los problemas estructurales y no de las manifestaciones políticas, aunque la calidad de los mismos más que compensa la ausencia señalada.

En realidad hay un punto de los análisis políticos donde convergen las distintas apreciaciones sobre la inserción popular en los procesos políticos y es el que se refiere al papel de la cultura política dominicana.¹ En general los trabajos resaltan el hecho de que la cultura política dominicana está definida por tres características básicas; a saber: el autoritarismo, el clientelismo y el patrimonialismo.

Estos tres rasgos de nuestra cultura política estarían fuertemente arraigados en la tradición, como parte de una estructura mental de larga duración.²

De esa manera las actitudes políticas de los barrios marginados de Santo Domingo se explicarían a través de lo que serían los reflejos tradicionales de esa cultura política, a los que habría que agregar -como corolario- el paternalismo que tiene, obviamente, sus cimientos más fuertes en la pesada herencia trujillista.

De acuerdo con este punto de vista el autoritarismo juega un papel decisivo en el proceso electoral y en la formación de la opinión sobre candidatos y partidos; esto tiene sus raíces en la tradición, en la exaltación de una figura que inspira conductas determinantes las cuales pueden ser hasta contradictorias, como por ejemplo paz y temor. Este tipo de actitud sería una herencia del arraigado caudillismo que imperó en el país desde 1930 que se extendió hasta 1961, prolongándose de forma relativamente encubierta en los doce años correspondientes al período 1966-1978.

En ese contexto de predominio caudillista la democracia representativa se utilizaría como recurso para atraer multitudes y otorgar legitimidad al dominio del líder; de esa manera, como nos dice José Oviedo:

La política es el monopolio del elegido, y sus seguidores deben constituirse como espejos de su autoridad. La vinculación partidaria se establece sobre la base de la autoridad carismática, y es a través de esos parámetros que se estructuran las formas de legitimación no democráticas que en una red autoritaria y paternalista encuadran el campesinado y a las masas urbanas marginales.³

Asimismo, se han formulado tesis relacionadas con el enfoque

tradicional-moderno. En este caso se identifican ciertos sectores socioeconómicos con lo moderno, como son los capitalistas y obreros, mientras otros grupos como terratenientes y campesinos, se asimilan a lo tradicional. Ese análisis hace depender el comportamiento político (electoral) del predominio de las estructuras socioeconómicas en determinados espacios geográficos; José del Castillo expone esta tesis ejemplificando con la región del Este; afirma que,

...en una misma región, como la del Este, el comportamiento electoral muestra una clara diferenciación, de conformidad con las dos grandes modalidades de uso de la tierra que predominan en ella y que configuran dos esquemas de organización socio-económica contrastantes: el de la agroindustria de la caña de azúcar y el del hato ganadero heredado de la economía colonial. El primero representa una amplia concentración de la propiedad en empresas capitalistas modernas, con el consiguiente empleo de un número significativo de obreros y la existencia de dos centros urbanos de relativa importancia. Mientras que el segundo descansa en el uso tradicional de la tierra en una explotación extensiva y en la conservación de tierras ociosas, acompañado de una constelación de minifundios dedicados a producciones de subsistencia. La sociedad que emerge de ésta conserva muchos rasgos patriarcales, siendo sus núcleos urbanos prácticamente aldeas mayores.⁴

En su esquema del Castillo vincula el Partido Reformista y sus descendientes con lo tradicional y al PRD y sus descendientes con lo moderno.

Ambos enfoques enfatizan lo que pueden ser inercias ya culturales ya estructurales del comportamiento electoral. Sin embargo, no puede hallarse en ellas la explicación para los cambios que se advierten en la actualidad, de ahí que no sean suficientes para captar la novedad a que nos enfrenta la coyuntura electoral.

No obstante dar cuenta de cierta forma en que son percibidos los discursos políticos -influidas como están por esas inercias- las masas en modo alguno pueden, desde esa visión, interpretar las prácticas y contenidos de los mismos como claves de sentido, es decir, como aventura posible de concitar su voluntad. En todo caso es posible problematizar estas hipótesis; hace falta llevarlas más allá de los actuales planteamientos para que nos introduzcan a la comprensión de la complejidad de los procesos que transcurren, por lo menos en sus líneas esenciales.

Como se sabe, desde la revolución de abril de 1965 los barrios se han revelado como un espacio privilegiado de confrontación y de luchas sociales desplazando el locus fabril o de la empresa, lo cual está asociado a un proceso socio-económico general que no nos corresponde abordar. Los conflictos se manifiestan en torno a

problemas económicos y sociales que les afecta de manera inmediata, como son la vivienda, calles, agua, salud, servicios urbanos, y en el orden político, rechazo a la represión, libertades públicas, respeto a los derechos humanos, contra redadas, persecuciones, etc. Tengamos en cuenta, además, que en términos estrictamente electorales los barrios populares reúnen la mayor parte de votantes de la capital.⁵

Hemos mencionado la existencia de trabajos que dan cuenta de la situación estructural de los barrios. Estos nos van a servir para adentrarnos a la problemática política de los barrios, aun sea indirectamente. Una hipótesis plausible en ese sentido es que el comportamiento electoral de los barrios articula en un solo movimiento la situación estructural de miseria y su estado de conciencia resultado de los procesos políticos más recientes que han experimentado. No puede hacerse una separación mecánica entre la dimensión estructural de la vida de los barrios y la dimensión subjetiva, hay un nexo cultural que los une, que presenta también un sedimento tradicional. En todo caso la división analítica debe tener cuidado de guardar los límites dentro de los cuales se mueve esta relación.

Esto nos lleva a una dimensión importante que está dada por los recientes procesos de luchas sociales vivenciados por los barrios marginados. El acontecimiento que fecha la coyuntura es la crisis de abril de 1984, ella marca un punto de inflexión que no podemos soslayar al analizar las actuales actitudes de los pobladores barriales frente al proceso electoral que discurre, dado que declara los puntos de discontinuidad con lo tradicional.

En efecto dicha crisis nos sitúa en el momento radical en que la lógica de las masas populares urbanas se disocia del proyecto populista; lo que aconteció en virtud de la triple embestida de la inflación, el desempleo creciente y el mantenimiento de bajos salarios implantados como parte del programa de ajuste aplicado desde 1982. Ello redundó en el envilecimiento de sus ya precarias condiciones de vida. Aunque la respuesta evidenció un carácter moral, en tanto los "representados" se sintieron burlados por sus "representantes", la ruptura no tuvo por base una nueva propuesta ni realista ni ilusa, saldándose en una disposición pragmática que aceptaba la vigencia del estado de cosas, pero a la vez con escepticismo. Incapacitado para articular un proyecto propio el conjunto popular se ha plegado a las opciones que el sistema ofrece.⁶

Desdibujada la "esperanza nacional" de que había sido depositario el PRD, en el contexto del masivo empeoramiento de los niveles de vida de los sectores populares, resulta pertinente la pregunta de hacia dónde miran, en qué lugar proyectan sus aspiraciones colectivas e individuales esas masas populares. Mas no se producen relevos automáticos, y mientras tanto la declinación de la perspectiva populista está lejos de haber sido compensada con la

reformulación de una nueva frontera de aspiraciones que integrase al conjunto de estas masas. En consecuencia, la respuesta a esta interrogante es que se ha producido una gran decepción respecto de los proyectos colectivos y esa población se ha refugiado en la búsqueda de salidas individuales a sus expectativas, las que en muchos casos son completamente legítimas y en ocasiones apenas sobrepasan la simple satisfacción de las necesidades más inmediatas.

Es este resultado que Marcos Villamán sintetiza en lo que él denomina la dinámica "frustración-esperanza-proyecto" para dar cuenta del fenómeno subjetivo que afecta colectivamente a los barrios marginados:

...la esperanza y la frustración, hacer referencia a proyectos históricos colectivos esperados y frustrados. En estos proyectos se depositaron la inteligencia, la voluntad, el afecto con la esperanza de alcanzar, como dirían los sectores populares, una mejoría futura. ...Amplios sectores de las llamadas grandes mayorías ...creyeron que el cambio predicado en 1978 abriría la posibilidad de implementación de un proyecto histórico como el señalado. Y lo creyeron con la misma fe que les permitió la resistencia en las difíciles condiciones del período anterior, es decir, 1966-1978.

Daría la impresión de que los proyectos históricos en los cuales se depositó la esperanza han sido históricamente imposibilitados. Y que las mediaciones históricas, -partidos políticos y otras instituciones- que se habían comprometido públicamente con estos proyectos han sido incapaces o infieles a ambas cosas. En estas condiciones sólo aparece en el horizonte la impotencia, la desesperanza, la desconfianza, es decir, la frustración ...⁷

En un movimiento más cercano habría que señalar la crisis de abril de 1984 como el punto culminante a partir del cual se abre paso al estado de decepción respecto a tales proyectos. Como tal ese fue un momento de rompimiento entre masas y dirigentes, síntesis y condensación de múltiples procesos que conjugan planos sociales, económicos y no tan sólo políticos. Desde entonces se ha hablado de una recomposición de ciertas opciones reformistas de oposición; pero bien vistas las cosas, ¿significa realmente que el desgaste del proyecto perredista se haya traducido en la identificación de nuevos proyectos colectivos por las masas populares, y en nuestro caso las que habitan los barrios periféricos? Difícilmente podría darse una respuesta afirmativa a esta interrogante; a lo sumo podría pensarse en una suerte de reforzamiento de reflejos tradicionales como serían el caudillismo y su contrapartida en el clientelismo. Aun así habría que objetar a estos puntos de vista que es necesaria una comprensión de la actualidad de este fenómeno más allá de la eficacia de estos reflejos tradicionales.

En realidad, en las masas urbanas no se ha producido una

recuperación del fenómeno reformista bajo su abanico de versiones de oposición, sino más bien la degradación del proyecto que por más de 25 años capitalizó las expectativas y esperanzas populares. Este proceso ha dado lugar a una situación inédita de crisis de valores en el conjunto de estos sectores, que conforma la otra cara de una crisis global que afecta la sociedad dominicana.⁸ Ello además, en el ámbito de los barrios, se ve favorecido por la situación material que los empuja a "vivir al día". Es en esta articulación de planos materiales y espirituales donde estriba la especificidad social de las motivaciones y actitudes de las masas populares de los barrios frente a los proyectos políticos que se barajan en la presente coyuntura electoral.

A este propósito vale la pena subrayar una consecuencia metodológica que se halla implícita en lo dicho: el fenómeno político en los barrios marginados no puede entenderse al margen de las condiciones económicas, sociales y culturales en que se desenvuelve el conjunto de sus actividades, por lo cual es preciso abordarlas a fin de situar de manera adecuada el problema que nos ocupa.

Cabe apuntar algunos rasgos sobresalientes que nos interesan para esta reflexión; y que podemos resumir en los siguientes factores:

En primer lugar, una condición que da cuenta de la situación estructural del barrio: crecientemente los sectores que habitan en ellos se ven imposibilitados de reproducirse materialmente integrándose al empleo capitalista como obreros o empleados. Por otro lado, el nexo no capitalista permite sólo una reproducción precaria de la fuerza laboral. Incluso en los casos de tener un empleo en el nexo capitalista éste no es suficiente para la reproducción de su fuerza de trabajo (sea hombre o mujer) y la de su familia. Tal situación ha sido analizada por Isis Duarte, quien sostiene que la superpoblación es predominante en la fuerza laboral insertada en el nexo no capitalista; pero además, aun en aquella parte ocupada en el nexo capitalista existe una proporción apreciable que debe reproducirse parcialmente fuera de él, lo que estaría dando cuenta de su situación de semiproletarios. Ciertamente, la imagen más típica de la condición ocupacional de los barrios populares es el "chiripeo" aunque éste es sólo una de sus modalidades.⁹

El chiripeo revela la manera como sectores de la superpoblación urbana enfrentan una realidad de desempleo crónico, ante la incapacidad del sistema para incorporarlos de forma estable y/o ofrecer protección a una situación que no es transitoria.¹⁰

La autora pondera en ese sentido dos aspectos que considera relevantes en la reproducción (a través del consumo) de estos sectores: a) "la situación de desempleo disfrazado de los chiriperos"; b) "la importancia de la unidad familiar en la sobrevivencia-reproducción

de la superpoblación relativa".¹¹ Esto contribuye a entender por qué son tan importantes los lazos de solidaridad, en una familia que tiene también sus peculiaridades,¹² sobre todo cuando en la mayoría de esta población el chiripeo es una categoría permanente.¹³ Ello nos permitirá tender un puente hacia otro condicionante de las expresiones políticas del barrio, que se refiere a su entorno cultural.

Aunque los barrios populares están conformados por sectores subalternos heterogéneos (obreros, semiproletarios, superpobladores, empleados) ello no se corresponde con una segmentación cultural definida. No encontramos lo que pueden ser reflejos culturales típicos de la clase obrera, por poner un ejemplo, como no hay tampoco una zona específica donde sólo vivan obreros o sólo chiriperos. Hay una total intercomunicación donde se establecen líneas de fuerza que orientan la expresión cultural de ese mosaico social que son los barrios; como afirma Jorge Cela:

...la superpoblación relativa ... marca el perfil cultural del barrio, es decir, ese complejo quehacer colectivo que va constituyendo las costumbres, valores, expresiones e instrumentalización de la vida cotidiana.¹⁴

La dimensión de su cotidianeidad remite a una situación básica de su condición en el capitalismo dependiente: la sobrevivencia. La vida cotidiana se instrumentaliza en función de esa necesidad apremiante que es "estar vivos". La inseguridad vital se resuelve en muchos casos en la posesión de objetos de consumo como muebles, electrodomésticos, contrastantes con sus carencias pero que son en alguna manera una forma de ahorro,¹⁵ puesto que se presta fácilmente para empeñarlos y hasta perderlos en caso de necesidad.

Es esta estrategia de sobrevivencia lo que explica la paradójica situación de solidaridad e individualismo. Pero todavía más, al interior del barrio funcionan redes de redistribución de los ingresos provenientes de afuera. El "buscársela" puede abarcar cualquier situación de dentro o fuera del barrio, lo que da una idea de la asimilación de su condición de inestabilidad y pauperización; como también señala Jorge Cela, el chiripeo "puede estirarse y multiplicarse indefinidamente".

Todo esto tiene sus consecuencias a nivel social y político, que es el tercer orden de factores que nos toca poner de relieve antes de proseguir con nuestra búsqueda de respuestas a las preguntas sobre la participación de los barrios en la presente campaña. Como han señalado Escaño, Zaglul y Pantaleón:

Los "chiriperos" son un sector difícilmente organizable, la inestabilidad de su empleo no permite la solidificación de una organización. Viven para lo inmediato, que se le torna dramáticamente

urgente, perdiendo valores esenciales para la propia liberación: sentido de la planificación, organización, sentido de clase, valoración de sí mismo, constancia.¹⁶

Y Jorge Cela destaca la interiorización como frustración de su condición de oprimido social y económicamente:

El chiripero no explota fácil porque se ha entrenado en la sumisión. Y cuando explota es violento como resultado de su frustración, pero difícilmente constante.¹⁷

Incluso las organizaciones que conforman el perfil político del barrio han dejado de cumplir su función mediadora y socializadora de proyectos colectivos; han sido arrastradas en la corriente provocada por el desvirtuamiento del populismo ya que muchas de esas instancias tomaron como referencia ese proyecto para su propia actuación.

Ya en este punto, intentaremos responder a tres preguntas, a título de hipótesis, sobre el comportamiento electoral de los barrios marginados; éstas son: ¿Qué particularidades ofrece su comportamiento ante la campaña electoral? ¿Cuáles son sus causas? ¿Qué implicaciones tienen para el trabajo de organización y politización de dichos sectores?

Para responder a las mismas distinguiremos entre aspectos objetivos y subjetivos de las manifestaciones ante la coyuntura electoral. En segundo lugar, expondremos algunas consecuencias generales que se desprenden de las respuestas esbozadas con respecto a la estructura del poder político en la República Dominicana.

La respuesta global podría ser la siguiente: la participación electoral de las clases populares tienen por base: a) la manifestación de la estrategia de sobrevivencia en que se desenvuelve la mayor parte de la superpoblación relativa (Cela; Isis Duarte) y b) la falta de proyectos históricos creíbles donde se identifiquen las masas populares (Villamán).

Se conjugan así planos objetivos y subjetivos que es necesario destacar con relación a la primera pregunta:

a) Objetivamente:

- Como mecanismo de movilidad social, la presente campaña electoral es vista como un medio para alcanzar un ascenso social de manera individual (lo que implica una mejor posición económica).
- Como oportunidad para alcanzar un empleo fijo eventualmente, por lo que puede acercarse a diversos grupos simultáneamente. Pero de no resultar, se obtienen unos ingresos

adicionales como "gratificación" por apoyar a un candidato, que es una especie de "chiripa".

-Un tercer aspecto es que significa una alternativa de recreo para los moradores de los sectores marginados carentes de lugares de diversión y entretenimiento.

b) Subjetivamente:

-Incide en el reforzamiento de tendencias individualistas en la masa de la población, ya de por sí empujada a ello dada la inmediatez a que está sometido por la apremiante situación de sobrevivencia.

-Incide en la falta de espacios donde se articulen proyectos colectivos, puesto que los lugares tradicionales han sido convertidos en lugares de captación de clientela política y han suplantado su función como socializadores de valores colectivos.

Estas características dan cuenta de un fenómeno, que Antonio Gramsci ha denominado justamente "indiferencia respecto de la vida estatal, de la vida política de los partidos". Refiriéndose al caso italiano de principios de siglo, señala que el mismo

...es propio de una fase en la que las necesidades económicas más inmediatas no puede hallar satisfacción regular permanentemente (desempleo endémico entre los trabajadores rurales y entre las capas intelectuales pequeñas y medias).¹⁸

La diferencia con respecto a la situación que tratamos es que formalmente no se produce en nuestro caso un rechazo a la adhesión a los partidos tradicionales. Paradójicamente el efecto es contrario: no cree en sus proyectos, pero se sirve de los mismos como medio para acceder a la movilidad social que puede experimentarse a través de la política. Esto se explica por la instrumentalización de la vida cotidiana la cual alcanza a la dimensión política en ausencia de proyectos creíbles.

Todavía tiene más implicaciones esta indiferencia. Y es la dificultad que plantea a los trabajos de conscientización, al bloquear los pocos recursos con que cuentan estos sectores para plantearse utopías y generar una voluntad política (colectiva) que se exprese en un proyecto a mediano y largo plazo. De cualquier modo esta situación aunque ciertamente tiene un gran peso en la mayoría de los pobladores de los barrios, no es absoluta. Quedan pequeños restos desde donde es posible la alternativa utópica.

En cuanto a las consecuencias políticas a nivel del conjunto social, se desprenden de lo que acabamos de anotar las siguientes:

- 1) Se abre una brecha de **deslegitimación** del bloque en el poder, que sin embargo no resulta problemática en tanto no se planteen proyectos alternativos que lo cuestionen en el orden político. Su vigencia se afirma además por el mismo contexto en que se han producido los desplazamientos ideológicos que es el de decrecimiento de las luchas activas de masas.
- 2) Como contrapartida conlleva la **monopolización** creciente de las decisiones económicas y políticas en manos de los detentadores del poder, que excluye a las masas de más en más.

Como resultado tenemos un fenómeno donde parecen combinarse el patrimonialismo y la tecnocracia. En el ejercicio democratizante las elecciones desempeñan una función de nivelación de los diversos sectores sociales, pero no hay incorporación de la población a un proyecto nacional de ningún género; de manera que tal participación no viene sino a confirmar, aún más, el carácter de estupefaciente social que han tenido las mismas. Paradójicamente -como bien apunta Marcuse- cabe a Max Weber el mérito de haber puesto de relieve oportunamente "el carácter alucinante de la democracia de masas moderna, y su pretendida reconciliación y armonización de las contradicciones de clase". Los sistemas políticos modernos implican, de hecho, una "nivelación" que se pone de manifiesto muy especialmente en el fenómeno electoral, cuando las masas tienen la oportunidad de "escoger" las autoridades del gobierno que regirá los destinos nacionales por un período determinado; pero, subraya Weber,

...el fenómeno decisivo es más bien la **nivelación exclusiva de los dominados**, realizada por el grupo dominante burocráticamente integrado, que puede por eso mismo, gozar de una posición más o menos autocrática de hecho, pero también a menudo de manera formal.¹⁹

Tal es, a grandes rasgos, el complejo tramado que conforma el trasfondo del fenómeno electoral en sus elementos de larga duración y la novedad que representa la coyuntura electoral. No se respira en los sectores populares una atmósfera de liberación, sino de alienación, de opresión, de insatisfacción. Lo festivo se disuelve en la ausencia de proyectos futuros y, por ende en la postergación de su dignidad humana. Llegado el momento serio en que se recapacita, el voto podrá ser recusado o también justificado por el imperativo de sobrevivir. La alegría artificial llega a su término. Allá afuera, la vida continúa, con sus afanes y anafes sin lumbre...

NOTAS

1. Un estudio sistemático desde el punto de vista funcionalista ha sido elaborado por Julio Cross Beras, **Cultura política dominicana**, Santo Domingo,

INTEC, 1985, en esa misma perspectiva se enmarcan algunas observaciones de Eduardo Latorre, **Política dominicana contemporánea**, Santo Domingo, INTEC, 1975.

2. En alguna manera, como señalara Tocqueville refiriéndose a las clases aristocráticas, el influjo de las mismas sobre las clases inferiores sobrepasaba lo que puede ser su autoridad; informando así aspectos decisivos de la cultura de los dominados como sus hábitos, opiniones, valores. El mismo papel jugarían estos componentes de la mentalidad política popular. Cfr. Robert Nisbet, **La formación del pensamiento sociológico**, vol. II, Buenos Aires, Amorrortu, 1969, pp. 27-29.
3. José Oviedo, "El PRD y el PR: la dinámica del cambio político en República Dominicana" (IV), **Última Hora**, 24-9-85.
4. **Ensayos de sociología dominicana**, Santo Domingo, Ed. Siboney, 1982, pp. 12-13.
5. En los barrios pobres se concentra alrededor del 70 por ciento del electorado que en total se acerca a 800,000 votantes.
6. Cfr. Centro de Investigación y Documentación Social, **Crisis y movimientos populares en República Dominicana**, Santo Domingo, Ed. Buho, 1984.
7. "Aproximación a la situación de la juventud de los llamados barrios marginados", **Seminario situación y perspectivas de la juventud dominicana**, Santo Domingo, INTEC, 15-16 de noviembre de 1985, pp. 4-5 (mimeografiado).
8. Véase, Centro de Investigación y Documentación Social, "Crisis histórica y coyuntura política", **Poder popular**, Año 1, No. 1, oct.-nov., 1985.
9. Isis Duarte distingue entre trabajadores fijos, ocasionales, chiriperos y desocupados, Cfr. **Capitalismo y superpoblación en Santo Domingo**, Santo Domingo, CODIA, 1980, pp. 283-332.
10. *Ibid.*, pág. 337.
11. *Ibid.*, pág. 343.
12. Véase al respecto, *ibid.*, pág. 481.
13. "...a pesar de que la gran mayoría de los ocupados son inestables en las actividades que realizan, ya que predominan los trabajadores ocasionales y chiriperos, son en realidad muy estables en sus respectivas ocupaciones", *ibid.*, pág. 410.
14. **Tesis sobre la marginalidad**, (en elaboración), apud., Cristino Escaño et al., "Organización social y cultura popular", **Estudios Sociales**, Año XVIII, No. 55, Ene-mar. 1984, pág. 8.
15. Cfr. Cristino Escaño et al., op. cit., y Jorge Cela, **Cultura Popular**, Santo Domingo, Ediciones Populares, 1981.
16. Op. cit., pág. 14.

17. Apud., *ibid.*, pág. 15.
18. *Pequeña antología política*, México, Ed. Librerías Allende, 1978, pp. 143-44.
19. *Economía y sociedad*, apud., Herbert Marcuse, "Industrialización y capitalismo en Max Weber", *La sociedad industrial y el marxismo*, Buenos Aires, Ed. Quintaría, 1969, pág. 29.

